



EL
LIBRO
DEL
INVIERNO

FRANCESC
MIRALLES

EL LIBRO DEL INVIERNO

© Francesc Miralles, 2026

www.francescmiralles.com

Autor representado por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© Cubierta: Lorena Obradors

© Ilustraciones: Clara Pitarch

© De esta edición:

La Batidora Coop. V., Batidora Ediciones, 2026

12540 Vila-real, Tel. +34 642 896 500

www.batidoraediciones.es

info@batidoraediciones.es

Primera edición: abril de 2026

ISBN: 979-13-991501-5-5

Depósito legal: CS-247-2026

Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720445).

EL
LIBRO
DEL
INVIERNO

FRANCESC
MIRALLES

Nuestro destino nunca es un lugar,
sino una nueva forma de ver las cosas.

HENRY MILLER

Llegará el día en que, después de explorar el espacio,
los vientos, las mareas y la gravedad,
exploraremos las energías divinas del amor.
Y ese día, por segunda vez en la historia del mundo,
habremos descubierto el fuego.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

PRIMERA PARTE

BELLVITGEGRADO

La chica de mi vida

Lo que yo quiero es viajar.

Quizás porque he nacido en la periferia de Barcelona, en un barrio gris y monótono, solo sueño con huir de aquí.

Los compañeros del instituto no entienden mi sufrimiento. Tienen en la cabeza otras cosas: las motos, el fútbol, la ropa de marca, los porros, las chicas... Esto último me parece un sufrimiento ridículo. Cuando veo a esta gente que se enamora y se desenamora con tanta facilidad —y no saben hablar de otra cosa—, pienso que han visto demasiadas películas de Hollywood.

Yo no lo veo así: vivo en L'Hospitalet y puedo acabar con esta o con aquella, y diré que es la chica de mi vida. Pero si hubiera nacido en Shanghái, en la Antártida o el Caribe, habría encontrado a otras muchas que también hubieran sido «La chica de mi vida». ¿En qué quedamos? ¿Cuántas chicas de tu vida hay en el planeta? ¿No nos estamos engañando?

Mi sueño es viajar por el mundo. A menudo, cuando estoy en clase, me entretengo mirando los bloques de hormigón por los ventanales. Entonces me digo «Joel, estás desaprovechando tu vida. Ahora mismo, mientras consumes tu tiempo aquí estudiando cosas que no te interesan, en un barrio que no te interesa, entre gente que no te interesa, en la

otra punta del globo —en Australia, por ejemplo— hay una puesta de sol increíble».

Este pensamiento me estremece, porque veo pasar los días, las horas, como nieve que se funde y se cuele entre las manos. Y no puedo compartir con nadie esta desazón. Tampoco con mis padres, aunque van de modernos y salen con la Harley Davidson cada fin de semana.

Los quiero mucho, pero mi idea de viaje no es esa. No quiero ir «una semana a Praga, hotel con media pensión incluida». Eso no es viajar: es hacer turismo, hacer el bobo.

No soporto a esa gente que se hace fotos delante de los monumentos. Recuerdo que un tío mío —feo como él solo— al volver de Florencia me enseñó una fotografía suya delante del David de Miguel Ángel. La belleza de la escultura resaltaba aún más la fealdad de mi tío. No le dije nada, claro, pero interiormente pensé: «¿No te da vergüenza enseñar esto?».

Quizás estas personas solo tratan de demostrar que han estado allí. Pero, ¿tan incrédulos somos los humanos?

Dicen que la diferencia entre un turista y un viajero es que el primero sale con un billete de vuelta y el segundo sabe de dónde sale, pero no dónde irá a parar, ni cuándo, ni cómo volverá. Yo tengo alma de viajero, y aunque no me haya movido de aquí, he entendido hace tiempo que el mundo es demasiado grande para resignarme a vivir en un sitio como Bellvitge.

De muy pequeño no era consciente de esto, y la verdad es que vivía más contento. Cuando cumplí los seis años —ahora hace diez—, mi abuela me regaló una bola del mundo con luz propia. La puse sobre el armario, y por la noche la

encendía. Era curioso ver la Tierra allá arriba brillando en la oscuridad. Me sentía como un extraterrestre que mira el mundo desde lejos antes de aventurarse a explorarlo.

Porque yo, de alguna manera, siempre me he sentido fuera del mundo. Nunca me han divertido los juegos de mis compañeros, ni me han hecho gracia sus bromas estúpidas. Muchos me consideran un tío extravagante, y esto me ha hecho ganar puntos frente a la gente. Me he ganado un respeto que no he hecho nada por merecer. Creo que se debe —en el fondo— al hecho de que todo el mundo odia la normalidad. Lo que pasa es que la mayoría no tiene narices para salir de ella.

Pero volvamos a lo de las chicas: sí que hay una que me gusta, pero no sé cómo se llama. Tampoco sé si es rubia o morena, gorda o delgada, o si lleva aparatos en los dientes. No la he visto nunca, pero sé que existe y un día la conoceré. ¿O debería decir la «reconoceré»?

Solo sé que me llamará por teléfono, me escribirá un mensaje al móvil o bien un correo electrónico. O tal vez vendrá a encontrarme directamente. Me dirá: «Joel, ve haciendo la bolsa. Esta noche huimos de aquí y no volveremos nunca más».

Y yo la obedeceré, y temblaré de emoción mientras reúno algo de ropa, los mapas, mis cuatro ahorros. Soñaré despierto con trenes que atraviesan la noche, con carreteras que llevan a sitios inexplorados, ciudades y paisajes por descubrir.

Cerraré la mochila y me la colgaré a la espalda: y saldré de casa furtivo, como un ladrón, para ir a buscarla.

«Vamos», le diré, después de abrazarla bien fuerte y darle un beso de película, porque sabré que ha llegado la chica de mi vida.

Fichas de dominó

Digan lo que digan los políticos, a mí me parece que Bellvitge ha perdido la poca gracia que tenía. Antes, pasear por el barrio tenía cierto peligro: en todas las plazas había yonquis que a veces perdían el juicio y te creaban problemas. Ahora ya no quedan, porque han muerto todos de sida.

Por la calle solo encuentras gente que va del trabajo a casa y de casa al trabajo. Todo se ha vuelto más pacífico y previsible. Supongo que eso es bueno, pero le ha quitado emoción a la cosa.

De pequeño, recuerdo que a la mínima saltaban chispas y, la culpa de eso, la tiene el arquitecto que diseñó este jodido barrio.

Yo vivo en uno de los bloques horizontales llamados popularmente «fichas de dominó». Los llaman así porque están alineados de una manera que, si cayera uno, arrastraría toda la fila y provocaría una reacción en cadena. O al menos eso aseguran algunos.

Las fichas de dominó están repartidas en grupos de cinco o seis bloques. Detrás de cada bloque suele haber un parque, pero siempre hay alguno que no tiene porque por allí pasa la carretera. Cuando yo era niño, eso provocaba más de una pelea.

Los niños de un mismo edificio cerraban filas y no se relacionaban con los de los otros bloques. Al salir de la escuela nos reuníamos para jugar al fútbol en nuestro parque y usábamos los bancos como portería. Casi cada día, los niños del bloque que daba a la carretera intentaban meterse en uno de los parques para hacer rodar la pelota. Pero cuando se acercaban los recibíamos a pedradas, porque sabíamos que, si los dejábamos jugar, nosotros no podríamos hacerlo. Era una cuestión de supervivencia.

La violencia llegó al máximo cuando la Cola Cao instaló dos canastas de básquet en medio del barrio. Había bofetadas para poder jugar, cosa que solo conseguían los más fuertes. Esto duró hasta que una de las canastas fue destrozada —por jugadores frustrados, supongo— y todo volvió a la calma.

Pero todo eso ya es historia. Actualmente de Bellvitge solo se acuerdan las agencias de publicidad, que vienen a filmar sus anuncios simulando que esto es Rusia. Dicen que en los antiguos países comunistas se construyeron muchos barrios como este. Una vez reconocí mi bloque en un anuncio de vodka, en el que salían dos rusos con abrigo y gorro de piel dándose la mano. Desde entonces yo llamo a este barrio Bellvitgegrado.

Héctor

—Vamos a celebrarlo —dijo Héctor mientras se abrochaba el anorak hasta arriba.

Era el primer día de diciembre realmente frío, y el último de clase antes de Navidad. Nos esperaban tres semanas de inactividad total —o, al menos, eso era lo que yo pensaba— excepto para los estómagos, que tendrían que trabajar de lo lindo.

El viento helado que se deslizaba entre los bloques hizo que nos apresuráramos hasta nuestro refugio, el bar La Flama¹.

Considero a Héctor mi único amigo de verdad. No es un fantasma, como la mayoría de la gente del instituto. Es un tío que no vende humo: ofrece noventa kilos de humanidad y la timidez propia de los gigantes. Porque él es inmenso y muy rubio —como un ruso auténtico—, con una pelusilla fina que le nace en las mejillas y unos ojos azules pequeños que delatan su buen corazón.

Recuerdo que cuando llegó al instituto tenía cara de asustado. El gallito de la clase pensó que era un acojonado sin recursos y para marcarse un punto dijo bien alto:

—¿De dónde sale este saco de grasa?

¹ En catalán, «La Llama».

Me giré y clavé los ojos en aquel desgraciado, que enseguida entendió que el recién llegado estaba bajo mi protección. Al gallito se le bajaron los humos de golpe y escondió la cabeza en el libro. No es que yo sea Superman, pero tengo nervio y todos saben que las devuelvo. De hecho, si me hubiera sostenido la mirada, me habría tirado encima de él.

Héctor me sonrió con sus ojos bondadosos, como una fiera pacífica, y levantó la mano ligeramente como diciendo: «No le hagas caso, me da igual».

Creo que en aquel juego de miradas se forjó nuestra amistad.

AGRADECIMIENTOS

A Luciana Reis, gran editora y mejor persona, por publicar por primera vez en castellano mi segunda novela juvenil. ¡Ha tardado 23 años en ver la luz!

A Lorena Obradors, por esta bella portada. Eres una gran artista.

A Miguel Aranda, amigo del alma, por tu cuidadosa revisión del texto.

A Sandra y Berta Bruna, gracias por todo este camino juntos.

A los profesores, comerciales y a los alumnos que desde el 2003 han leído la versión catalana de esta novela. ¡Sé que es muy rara y filosófica!

A Ismael y Esther, amigos de Bellvitge que vieron nacer esta novela y la inspiraron.

A Guida y Martí, mis primeros editores de esta aventura.

A los lectores de *Un haiku para Alicia*, que me animasteis a seguir escribiendo novelas. ¡Os quiero!

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: BELLVITGEGRADO

- La chica de mi vida | 15
- Fichas de dominó | 19
 - Héctor | 21
 - La Flama | 23
- Días sin cielo | 25
 - Bach & roll | 29
 - La herencia | 31
- El sexo de las anguilas | 33
 - Sincronicidad | 37
- Cambio de perspectiva | 40
 - El zen de la carretera | 44
 - Celos | 47
 - Preguntas | 49
 - Golpe de efecto | 50
- Candelas encendidas | 52
 - El arte de volar | 54
- El mañana no puede esperar | 56
 - Dos despedidas | 58
- La receta de Henry Miller | 60
 - Una respuesta | 62
- La hora de la verdad (y de la mentira) | 64

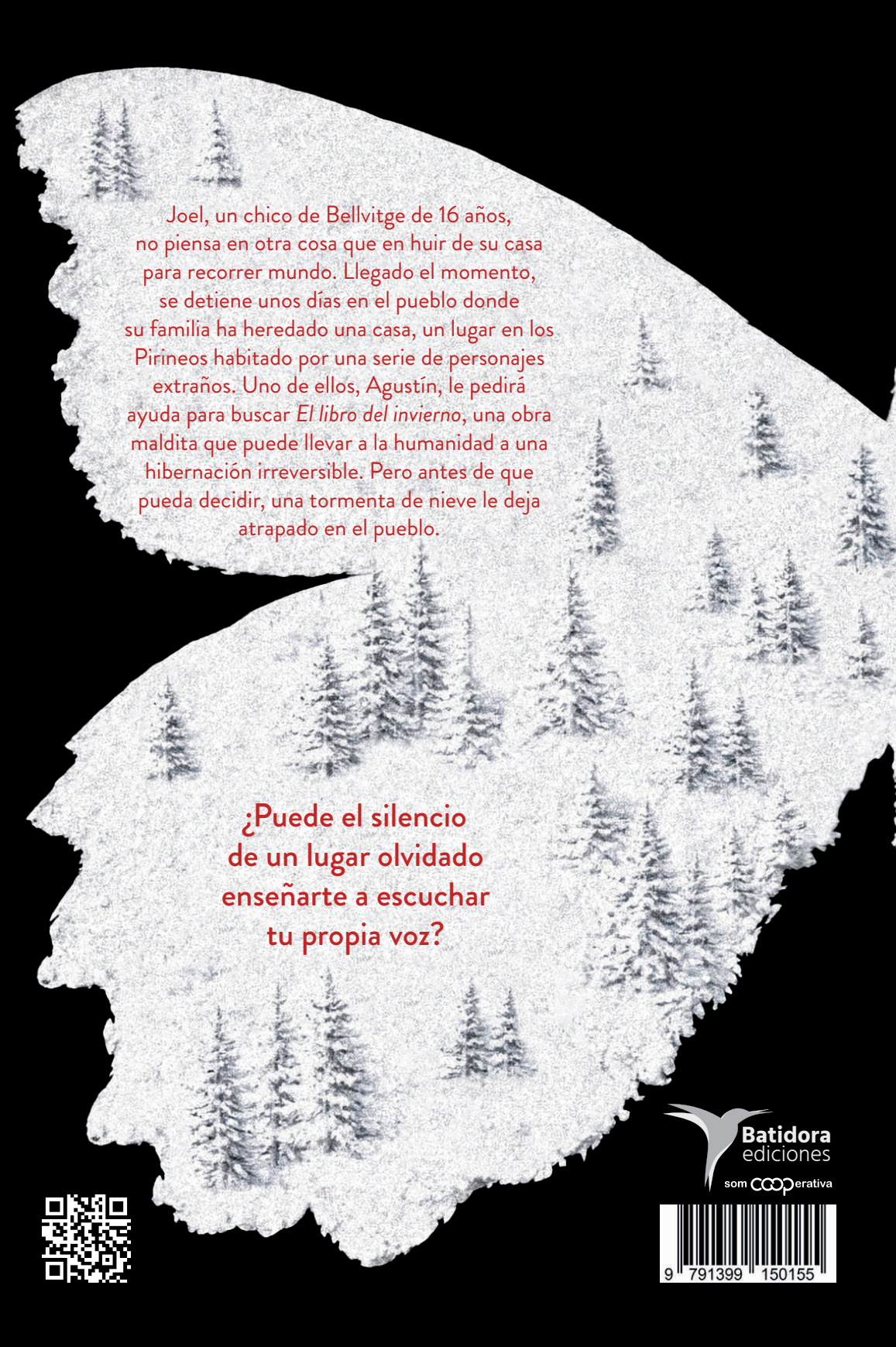
SEGUNDA PARTE: MALNOM

- Estación de Sants | 68
 - Otra ruta | 70
- Se rompe la cuerda | 71
 - La ballena blanca | 72
- El método Miguel Ángel | 74
 - Ha pasado un ángel | 78
 - Urtx-Alp | 79
 - El rebeco | 80
 - La subida | 82
 - Un pueblo fantasma | 86
 - La ermita del diablo | 88

| | |
|---------------------------------|-----|
| Temblores | 92 |
| La música de la noche | 94 |
| El silencio blanco | 96 |
| Negro sobre blanco | 98 |
| Huellas en la nieve | 101 |
| Agustín | 102 |
| Las tres llaves de la felicidad | 104 |
| Inventario de dudas | 107 |
| El libro | 108 |
| Segunda noche | 110 |
| La colina del Boc | 112 |
| Maestro Mariposa | 113 |
| Preludio | 118 |
| Historia de Gonzalo | 119 |
| El árbol de los libros | 121 |
| En los límites de Malnom | 126 |
| La desaparición | 128 |
| El mapa de Malnom | 131 |
| La Venus de las nieves | 134 |
| La extinción de las mariposas | 136 |
| El libro y el fuego | 140 |
| Segunda subida | 143 |
| La trampa | 145 |
| Cazadora | 147 |
| A la vera del fuego | 148 |
| Historia de Julia | 150 |
| Fuera del círculo | 154 |
| Vampiros | 155 |
| Delirium | 159 |
| La duda | 161 |
| Fresco de verdad | 162 |
| El dibujo más grande | 164 |
| El rescate | 168 |
| El pianista | 169 |
| Algún día olvidaremos esto | 171 |

EPÍLOGO: BELLVITTEGRADO

| | |
|----------------|-----|
| Une los puntos | 174 |
| El bello viaje | 176 |
| Llegada | 177 |



Joel, un chico de Bellvitge de 16 años, no piensa en otra cosa que en huir de su casa para recorrer mundo. Llegado el momento, se detiene unos días en el pueblo donde su familia ha heredado una casa, un lugar en los Pirineos habitado por una serie de personajes extraños. Uno de ellos, Agustín, le pedirá ayuda para buscar *El libro del invierno*, una obra maldita que puede llevar a la humanidad a una hibernación irreversible. Pero antes de que pueda decidir, una tormenta de nieve le deja atrapado en el pueblo.

¿Puede el silencio
de un lugar olvidado
enseñarte a escuchar
tu propia voz?



**Batidora**
ediciones
som COOP^{erativa}

